

caridad, la pobreza, la imaginación poética, hasta la raza latina y la oriundez meridional. Con quitarle al San Francisco de los cuadros de Murillo algunos años de edad, ponerle, en vez del cerquillo monástico airoso birrete de terciopelo, en lugar del sayal remendado bizarro arreo de brocatel, seda y oro, se ve al apuesto trovador de Asís en lo más florido de su existencia profana (13).

Envuelto en ella andaba Francisco, cuando las luchas civiles le llamaron a empuñar las armas (14). Todo ciudadano, dada la situación de Italia, se hallaba expuesto a tal contingencia. Guerreábase de pueblo a pueblo, de villa a villa, de caserío a caserío. Ya eran los municipios que se defendían de las pretensiones avasalladoras de un noble, ya dos casas rivales que trataban de emancipar a un pueblo o de subyugar a otro; hasta en una ciudad misma se alzaban torreones de fortalezas, cuartel de ejércitos chicos dispuestos a embestirse (15). Desgarraban el país las dos facciones güelfa y gibelina, cuyas incesantes contiendas indisponían al hermano con el hermano, al padre con el hijo. Por culpa de ellas se hallaban Asís y la próxima villa de Perusa en constante hostilidad. Algunos nobles de Asís, por rencillas con sus paisanos, se acogieron a Perusa, ofreciendo su espada en pago de la hospitalidad: los de Asís, cuando supieron la traición, salieron en armas contra el enemigo. Entre ellos iba Francisco, el que más tarde había de pacificar tantas discordias. Derrotados los de Asís, quedó la flor de su juventud prisionera en manos de los adversarios. El jefe de las fuerzas de Perusa, Marcomano, senescal del Imperio, hizo dura la cautividad de los mozos de Asís, imponiéndoles privaciones y aun amenazando su vida. A dos pasos del regalo de sus hogares, languidecieron un año faltos de todo socorro. Mientras sus compañeros se consumían de nostalgia y tedio en los calabozos, la jovialidad de

Francisco era perenne: ni se le oyó una queja, ni se vió una nube en su rostro. Impacientes los amigos le acusaron de insensible, pues no le conmovían propias ni ajenas amarguras. Y Francisco, con sosiego, respondió: "Jamás ha estado mi corazón tan libre como hoy: yo os digo que un día habréis de verme honrado por toda la tierra."

Rotas al fin las cadenas de los prisioneros, volvieron al seno de sus familias, y respiraron el aire libre. Mas sea que la estancia en la prisión hubiese minado sordamente la salud de Francisco, sea que ya viniese preparándose en su organismo una crisis, ello es que se rindió en el lecho a peligrosa enfermedad.

¿Qué experimentaría su alma en las horas de ardiente calentura, cuando su naturaleza robusta y joven luchaba cuerpo a cuerpo con la muerte? ¿Qué imaginaciones, qué ideas le asaltaron entre el incendio de la fiebre y la languidez del coma? Al pisar de nuevo, extenuado aún, la vega que a Asís rodea, no absorbieron sus pulmones las embalsamadas auras campesinas con aquella avidez que suelen los que tornan a vivir; ni el espectáculo de las feraces huertas, las nevadas montañas y el cielo claro, le produjo aquellos estremecimientos de regocijo que dilatan el ser de los convalecientes. Al contrario, pensó que un crespón de fúnebre melancolía flotaba sobre lo creado, y él, amante de flores, praderas, aguas y soledad, no podía soportar la vista de objetos antes tan gratos, ni a sí propio podía sufrirle. Todo estaba oscuro en su alma y fuera de ella.

Como en los mausoleos romanos, entre el silencio de la muerte, ardía una lámpara perpetua, en el corazón de Francisco nunca se extinguió el instinto de la más fecunda de las virtudes: la caridad. Instinto era, porque Francisco no enlazaba aun con un criterio trascendental el ejercicio de la limosna; pero instinto arraigado y dominante. Cuando con mayor asi-

duidad ayudaba a su padre en los negocios, ocurrió que un pordiosero le pidiese limosna; atareado en sus faenas, se la negó al pronto; pero viendo salir al mendigo del almacén, echó detrás y le llenó la mano de monedas, implorando perdón. Uno de sus compañeros de cautiverio en Perugia era destestado de los restantes por grosero, rústico e insufrible: abandonáronle todos, y Francisco, atraído ya del imán que le llevó siempre a buscar el dolor y la miseria, se dedicó a servir y atender al que los demás rechazaban. En la confusa tristeza y turbación que siguió a su restablecimiento, no hallando en el ánimo reposo ni en nada felicidad, tornó Francisco a agitar planes de dominio y gloria: otra vez la perspectiva de los campos de batalla inflamó su fantasía. Hizose el equipo militar, que en aquella época cada aventurero adornaba a su gusto con cuantas galas quisiese; habiendo salido un día a lucir sus atavíos, se encontró a un soldado de familia hidalga, pero tan pobre, roto y mugriento, que bien se echaba de ver que poco le había lucido el botín de sus campañas. Francisco le llamó, y despojándose del flamante traje, lo dió al misero veterano a cambio de su raída ropa.

Aquella misma noche tuvo Francisco un sueño extraordinario. Hallóse en un palacio magnífico, cuyas crujías y salones atravesaba uno tras otro, admirando su arquitectura majestuosa. De los muros de mármol y de jaspe veía pendiente copia inmensa de bruñidas corazas, yelmos dobles, espadas y montantes, lanzas agudas, y, en suma, toda clase de pertrechos de guerra, que ostentaban sobre el acero resplandeciente grabada una cruz. Y como Francisco se preguntase a sí propio el destino de aquel arsenal, pensó oír una voz que decía:—"Son para tí y tus soldados."—En el propio instante despertó.

Correspondía la visión con los guerreros pensamientos de Francisco, y persuadido más que nunca

de que el destino le llamaba a segar laurel (16), afirmó la resolución, obtuvo el consentimiento de sus padres, despidióse de sus alegres camaradas, juntó dinero, se procuró montura, y salió de Asís para Espoleto. Era su ánimo seguir los pendones de Gualtero o Gutierre de Briena, el *Conte gentile*, idolatrado de los italianos por su caballerisca lealtad, valor indomable y condición generosa, y más que todo, por la continua lucha que sostenía con los alemanes, enemigos natos de la patria. Gutierre defendía contra la despótica ambición de la casa de Suabia la libertad de los Estados, legítima herencia de su consorte, hija del rey de Sicilia; y de las ciudades güelfas le llegaban incesantemente voluntarios entusiastas, que al deseo de gloria unían el de luchar por Italia y por el derecho.

Posó Francisco en Espoleto, y se durmió con la fantasía henchida de aventuras, batallas y proezas: de nuevo otra visión sobrecogió su alma. La misma voz que en el soñado palacio de las armas le había hablado, se dejó oír con acento más grave y penetrante, interrogando al mancebo:—"Francisco—pronunciaba,—¿a quién prefieres servir? ¿al opulento o al miserable? ¿al vasallo o al rey?"—Y contestando Francisco, trémulo, sin dudar del origen divino de la voz:—"Señor, al rey prefiero"—le fué replicado:—"Pues, ¿cómo le dejas por el vasallo?"—"¿Qué queréis que haga, Señor?"—murmuró Francisco.—"Regresa a tu patria: allí lo irás sabiendo."—Volvió grupos Francisco al despuntar la aurora, y de nuevo entró en Asís.

A la sorpresa que motivaba su impensada reaparición, se agregó la de verle metido en sí, mudo, absorto, alejado del trato, presa de estupor e hipocondría. Trataron sus amigos de volverle a los antiguos devaneos; y sus padres, creyéndole poseído de negro humor, le facilitaron medios de que se distrajese. Otra vez se mezcló con las gentes alborotadas: mas

si el cuerpo estaba allí, se hallaba ausente ya el espíritu. Su voz no tenía las vivas inflexiones de antes; sus ojos no brillaban al gustar el zumo de las vides. Un día, a los postres de ruidoso banquete, salió la comitiva, según costumbre, a recorrer, cantando y moviendo algazara, las calles de Asís. Llevaba Francisco la insignia de jefe de la turbulenta corte (17); pero se quedaba detrás de todos, caída la cabeza, abismado en meditación profunda. Imaginaron los mozos que sólo ansias amorosas podían causar tal embebecimiento, y le interrogaron en chanza:—“¿Qué es eso, Francisco? ¿En qué cavilas? ¿Acaso piensas en tomar mujer?”—Alzó Francisco la frente, y pronunció, cual si hablase consigo mismo:—“Así es, en casarme pienso, y será con doncella tan noble y hermosa, que no la habéis visto semejante.”

Siéndole intolerable el trato humano, se fué retirando de él. Solitario, vagaba horas enteras a caballo por las cercanías, buscando en el correr del bruto alivio a su inquietud, o en la vista del campo paz para su alma. En uno de sus paseos divisó, tendido al borde del sendero, a un horrible y deforme leproso; y sus sentidos de mozo lozano, su ser de artista se sublevaron de repugnancia y de asco ante aquella viviente podredumbre. Fué obra de un minuto la lucha: inmediatamente, apeándose, corrió a depositar limosna en la mano del desdichado, sellándole al mismo tiempo con ósculo de paz el carcomido rostro. En vez de náusea sintió al punto que le inundaba gozo inefable, que corría por sus venas sensación gratísima; y vuelto en sí, miró por toda la extensa llanada y vió que el leproso había desaparecido.—Ausente Pedro Bernardone de su casa, hizo Francisco disponer ancha mesa con muchos cubiertos y panes: le preguntó su madre el objeto de tales preparativos, y Francisco respondió:—“Son para todos los pobres que están en mi corazón.”

Eran éstas primeras llamaradas del inmenso volcán de amor que consumió a Francisco; mas todavía no lograba su espíritu orientarse. Entonces convirtió la mirada hacia la fuente de verdad, la Esposa con quien habita Jesús hasta el fin de los siglos. No se concibe que haya historiadores empeñados en descubrir gérmenes racionalistas en la obra realizada por Francisco de Asís. Si halló en su conciencia, en su inspiración directa, en el apartamiento, las bases de admirable reforma social, también (como si quisiese demostrar desde un principio que todo brote religioso debe arrancar del tronco de la Iglesia) comenzó su vida ultrarreligiosa yendo en romería al sepulcro de los Apóstoles. Y notando que los romeros dejaban a Pedro y Pablo mezquina limosna, cogió casi todo el oro que llevaba, lo arrojó por la rendija del altar que hacía de cepillo, y gritó, no sin asombro de los circunstantes.—“¿Por qué tan miserables ofrendas al príncipe de los Apóstoles?” (18).—Saliendo del templo mezclóse con los mendigos—que a la puerta imploraban la caridad de los devotos,—tomó los andrajos de un pobre, regalándole su vestidura, y se pasó el día entero pordioseando con los improvisados amigos. Equivocado andaría quien creyese que el elegante mancebo de ayer, compartía hoy, sin hacerse grave y reiterada violencia, las miserias, las fealdades, las groserías de la chusma. Nadie poseyó sensibilidad superior a la de Francisco; nadie experimentó repulsión más viva hacia lo que afecta desagradablemente a la vista, el olfato, el tacto. Las crónicas refieren ingenuamente la impresión terrible que a su vuelta de Roma le produjo el aspecto de una vieja gibosa, apergaminada y ridícula que, como poseída del espíritu maligno, se le ponía delante ejecutando extraños visajes y muecas.

A poca distancia de Asís se alzaba la ruinosa iglesia de San Damián, sola y desierta, donde Francisco

pasaba largas horas arrodillado o postrado en el suelo, pidiendo al Crucifijo que coronaba el altar que señalase norte a su vida.—“Francisco, repara mi casa, que se hunde”—oyó un día decir a la imagen de Cristo.—Francisco no pensó en la gran morada de la Iglesia universal, sino en aquel pobre santuario testigo de sus primeras lágrimas: llamó al clérigo Pedro, encargado de la cura de San Damián; dióle cuanto poseía, rogándole lo invirtiese en aceite, en el culto; tomó géneros del almacén de su padre; cabalgó hasta Foligno, vendiéndolos en la feria; enajenó asimismo la cabalgadura; volvió a Asís a pie con el dinero; se lo ofreció a Pedro, y negándose éste con temor a recibirlo, Francisco depositó la suma en el hueco de una ventana.

Hasta este suceso, el padre de Francisco, con ser de tan distinta condición que su hijo, más bien se mostraba complaciente con sus genialidades. Le escocían los despilfarros, torcía el gesto a las bulliciosas diversiones, reprobaba tácitamente el lujo y la largueza del primogénito; pero al cabo iba aflojando los cordones de la bolsa, y ni vedó francachela, ni escatimó galas, ni se resistió a los proyectos belicosos, ni puso coto a la liviana y ociosa vida. Mas cuando averiguó que el importe de los fardos de mercancías vendidos por Francisco se destinaba a reparar un templo, montó, no en cólera, sino en desatentado frenesí. Que un mozo derrochase en placeres, era cosa que encajaba bien en las estrechas casillas del cerebro de Pedro Bernardone; pero que gastase en obras pías, obligaba a encerrarle por demente. Penetró, pues, el mercader en San Damián, buscando al hijo para desahogar en él su furia; se ocultó Francisco en la habitación del clérigo; y como su padre se aproximase al escondite, se apoyó medroso en la pared, y las piedras y argamasa, más benignas que las entrañas paternas, se ablandaron, formando una

hornacina en que se ocultó el cuerpo del perseguido. Pasado el riesgo, huyó Francisco al campo, y se refugió en una caverna de las inmediaciones de Asís. Allí bebía la linfa pura de los arroyos, mezclada con el salado licor de sus lágrimas; comía raíces amargas, insípidas hierbas, el acerbo frutillo de los espinos y zarzamoras, el brote reciente de la morera o del álamo; allí eran su lecho de reposo los agudos peñascales, su mantel las florecillas de la pradera, su eterna compañía el rumor del hilo de agua, rezumado por las hendiduras de la roca, el silbo del viento en las copas de los árboles, el canto monótono de la rana en la ciénaga, el ronco arrullo de la paloma zurita desde su nido salvaje. Allí, en aquella Arcadia trocada en Tebaida por la penitencia, aprendió el alma de Francisco a interpretar el lenguaje de la naturaleza, que por ningún poeta fué expresado con mayor encanto. Allí oyó la voz de todas las cosas unidas en armonioso concierto y subiendo a los cielos, como sinfonía espléndida de la creación. Allí se despertó su ternura inmensa por todos los seres, desde la cigarra que canta en el surco, hasta el sol radiante que ilumina el firmamento. Allí comenzó a mortificar, a aborrecer su carne mortal, guardándola para la vida eterna. Allí, sin ayuda de hombres, solo con el autor del Universo, se verificó la transformación, y sobre la larva grosera del cuerpo revoloteó la mariposa del espíritu, irisada con los matices de la luz y de la gloria. Pero cuando Francisco, pasado un mes, abandonó su selvática guarida y tomó a paso lento el camino de Asís, sus conciudadanos no acertaron a leer en su rostro las señales de su comercio con el cielo, como más adelante supieron los florentinos advertir en el de Dante las huellas de la bajada al infierno. El vulgo de Asís no vió sino al antes pulcro y gentil Francisco, que se presentaba en el estado más lastimoso: hecho guñapos el traje, descalzos los pies, revuelto

e inculto el cabello, crecida la barba, la tez marchita, amoratados los párpados, apagada la pupila y en todo fuera de sí. Y el instinto de la crueldad popular, que mancha de sangre las páginas de las revoluciones, se despertó, y en vez de mostrar piedad al que consideraban insensato y era pcco ha regocijo de Asís, se arremolinó la multitud en torno suyo, y silbándole y befándole ignominiosamente, ya le arrojaban guijarros, ya infecto lodo, ya le tiraban de los andrajos, ya le escupían y empujaban; y los chicuelos se divertían en hostigarle, y los perros le mordían, instigados por el furor público y por su natural aversión a las personas de miserable aspecto. Entre grita, algazara y escarnio, seguía Francisco su camino, sin oír quizás las vociferaciones de la muchedumbre más de lo que oye el gran navío el mugir de los mares que va cortando su proa.

NOTAS

(1) La casa solariega de Francisco era tan espaciosa, que con el tiempo pudo edificarse un convento en el circuito de sus muros, a petición de Felipe II de España.

(2) Si bien Chavin de Malan y otros autores fijan el nacimiento de San Francisco en el año 1182, el P. Palomes, siguiendo la cronología rectificada de Fr. Pánfilo de Magliano, lo pone en 1181. Los presagios de la venida de Francisco al mundo deben corresponder, según esto, al mismo año.

(3) La devoción transformó después este establo en una ermitilla u oratorio, bajo la advocación de *San Francisco il Piccolo* (San Francisco el chico). En el dintel de la puerta escribióse la siguiente leyenda en caracteres de oro:—*Hoc oratorium fuit bovis et asini stabulum, in quo natus Franciscus mundi speculum.* (Esta capilla ha sido el establo del buey y del asno, donde nació Francisco, espejo del mundo.)

(4) Conservóse en la iglesia la piedra cercada de una verja de hierro.

(5) Según Chavin de Malan, en memoria del Evangelista, discípulo amado que se recostó sobre el corazón de Jesús, y, según Palomes, del Precursor Bautista.

(6) “En la pluma fué diestro y primoroso, de que da testimonio cierto la regla de su seráfica Orden, que escrita de su mano guarda en su relicario la santa iglesia co-

legial de Pastrana, en el reino de Toledo. Está escrita en unos pergaminos o vitelas muy delgadas y largas, como se usaban en aquellos tiempos, de donde sacaron los libros el nombre de volumen. Estos pergaminos se desdogen y recogen en un torno de plata, que está cubierto y ceñido de una caja también de plata sobredorada, con ventanicas de cristal, de tan vistosa curiosidad, que en ello lo primoroso de la labor excede a la preciosidad de la materia. Dió esta reliquia el Illmo. Sr. D. Fray Pedro González de Mendoza, hijo legítimo de los Excmos. Duques de Pastrana, que murió siendo obispo de Sigüenza, habiendo sido en la Religión Seráfica Comisario general de esta familia cismontana. Guárdase en el sagrario de esta ilustre iglesia con gran veneración y aprecio. Yo la ví, y la leí, no una, sino algunas veces, con admiración de la hermosura y buen aire de la letra, y con mucha ternura de mi corazón."—(Fr. Damián Cornejo, *Crónica Seráfica*.)

(7) Francia descollaba a la sazón en ambos ramos, tanto cuanto puede verse en el libro novísimo de Emilio Gebhardt, *Origines de la Renaissance en Italie*.

(8) Llamábase lengua de *oïl* al dialecto que se hablaba en el Norte de Francia, y de *oc* al del Mediodía.

(9) Este es el común sentir acerca del origen del nombre de Francisco, por más que Chavin de Malan (*Histoire de Saint François d'Assise*) opine que fué debido a hallarse su padre en Francia cuando nació el niño.

(10) Por el testimonio de Fr. León, compañero y confesor de San Francisco, y que le vió en sueños empuñando un manojo de azucenas, se conserva la tradición piadosa de la virginidad del Santo. Si bien parece que la vida disipada de sus primeros años era poco favorable a la pureza de costumbres, es de advertir que ni en la historia ni en la leyenda se hallan rastros de mujer alguna que figurase en los bulliciosos festines por Francisco presididos; y conviene asimismo tener en cuenta que las di-

versiones importadas de Provenza no carecían de muchos perfiles de delicadeza. Por lo mismo que refinaban, entronizaban y consagraban al amor y la galantería, imponían una especie de caballescía y anticipada fidelidad a cierta dama ideal, señora de los pensamientos de su caballero.

(11) Esta pintura fué ejecutada en 1230, por disposición de fray Elías.

(12) El cráneo de San Francisco en este retrato corresponde al tipo llamado *braquicéfalo*, es decir, más ancho que prolongado: lo modifican la grande altura de la frente y la forma ovalada del rostro. Si las indicaciones que se basan en el tipo del cráneo fuesen indiscutibles, podríamos deducir que San Francisco pertenecía a la pura raza etrusca. Pero es muy dudosa la determinación exacta de la raza por la forma del cráneo.

(13) He aquí cómo describe la figura de San Francisco una monja española, sor María de la Antigua, refiriéndose a una visión que tuvo de él:—"Era entrecano, aunque no mucho; los ojos tenía algo en cuenca, y no muy grandes ni pequeños; el color era más moreno que blanco; el rostro más aguileño que redondo y enjuto; el cerquillo bajo y humilde; el hábito parecía blanco por el gran resplandor. No vide el cuerpo, porque todo estaba dentro de una nube." (*Derengaño de Religiosos*, libro V, cap. 1.)

(14) La mayoría de los cronistas de San Francisco consignan que se batió denodadamente en esta ocasión. Según Tomás de Celano, era Francisco "audaz en extremo y sediento de gloria".

(15) "Treinta y dos torres ceñían o amenazaban a Ferrara; ciento envolvían a Pavia. En Florencia la pesada arquitectura de los edificios, de enormes pedruscos salientes, de estrechas ventanas, de ferradas puertas, atestigua aún aquel estado de guerra permanente de vecino a vecino." (Cantú, *Historia Universal*.)

(16) En aquella época solía decir de sí: *Scio me magnum principem futurum.* (Sé que con el tiempo seré un gran príncipe.)

(17) Era una especie de báculo ceñido de flores.

(18) *Cum princeps apostolorum sit magnifice honorandus, cur isti tam parvas oblationes in ecclesia faciunt ubi corpus ejus quiescit?*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO II Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.

AURORA DE LA ORDEN

Rompe Francisco los últimos lazos.—Se consagra a servir a los leprosos.—La lepra en la Edad Media.—Francisco repara tres iglesias.—Desposorios con la pobreza, y nacimiento de la Orden franciscana.

.....
Entonces te dijo Cristo: si quieres
seguirme, abraza con gran de-
seo la cruz.

.....
(Jacopone de Todi.)

Llegaron hasta Pedro Bernardone ecos del escándalo. Saliendo precipitadamente a la calle, cayó sobre Francisco, y abrumándole a golpes, a bofetones y puñadas, le fué llevando hasta su casa, donde le encerró en un chiribitil (1). Doble era la cólera del negociante, ya por ver que su primogénito renunciaba al porvenir mundano, ya por la herida que abría en su vanidad de ciudadano de Asís el espectáculo del sucesor de su nombre escarnecido por loco en la plaza pública. Al visitar a Francisco en el encierro alternaba ruegos y amenazas por lograr que volviese a la vida de sus primeros años. Francisco rezaba, oponiendo a las embestidas del furioso padre el escudo de la paciencia. Pica se deshacía en lágrimas, viendo